

"Si la mujer no está, la democracia no va"¹

Edda Gaviola, historiadora

Eliana Largo, antropóloga

Sandra Palestro, historiadora

Este artículo forma parte de la investigación "Mujeres en Chile: una historia necesaria, 1973-1990",² que iniciamos hace un año y medio atrás. Teníamos y tenemos un profundo convencimiento de que la memoria individual y colectiva son elementos centrales en la búsqueda de nuestra identidad de mujeres. Son las alas que impulsan nuestro accionar, son fundamentos para lo que anhelamos construir.

Con este convencimiento volvíamos a encontrar una parte representativa de las protagonistas de una historia reciente --activas mujeres de distintas ciudades--, en la certeza de reunirnos no sólo para evocar, sino para seguir haciendo historia.

INTRODUCCIÓN

Las luchas de las organizaciones de mujeres en Chile tienen una larga trayectoria. En la historia de nuestro país --aunque no consignada en las páginas oficiales--, la temprana contribución de las mujeres a la democratización de la vida social y política ha quedado de manifiesto en todos los ámbitos: desde las primeras acciones por lograr el derecho a la educación, a partir de fines del siglo pasado, hasta constituir una poderosa fuerza para conquistar los derechos ciudadanos (sufragio, 1949). O más recientemente, el rol protagónico del movimiento de mujeres en la lucha antidictatorial.

Sin embargo, después de logrado el derecho a voto, muchas de esas organizaciones ponen fin a sus actividades, y una parte importante de sus integrantes se incorpora a partidos políticos u organizaciones sindicales.

Posteriormente, la principal forma de organización social de las mujeres se expresó en los Centros de Madres, que si bien eran organizaciones concebidas tradicionalmente, significaban espacios de desarrollo personal y formación cívica para muchas mujeres. Con el tiempo, estos Centros se institucionalizaron con las leyes de Promoción Popular dictadas durante el gobierno de Eduardo Frei (1966), alcanzando su mayor auge durante la administración de Salvador Allende, con casi un millón de mujeres organizadas en ellos (1973).

Escuchemos lo que dice una activa dirigente del Partido Radical de esos años, quien tuvo después un importante liderazgo durante la dictadura:

La mujer se da cuenta de que el Centro de Madres es para ella una instancia en que deja el delantal en la casa, aprende a conversar, a convivir y a socializar sus propias situaciones junto a otras mujeres. Ella entonces empieza a sentir que de alguna manera hay que ir valorándose. No diría que en ese momento se hablara de feminismo ni de los derechos de las mujeres, pero en el fondo había toda una incubación de lo que después sería la lucha por los derechos de la mujer y por su independencia. Es una etapa de maduración, un paso muy importante, que si lo hubiésemos saltado no habríamos encontrado a las mujeres, al momento del golpe, con la madurez que tuvieron, una madurez de años de esfuerzo, de trabajo, de decisión.

Así lo recuerda también, en Concepción, una de las fundadoras de Mudechi³ en la zona:

Fue la primera vez que salía de mi casa, no tenía amistades, debía correr a atender a mi marido. Un año antes del golpe empecé a participar en unas campañas que se hacían para entregar la leche.⁴

MANTENER LA VIDA

El golpe militar en 1973 abrió una profunda herida en la convivencia social y en la vida de todos: la tortura, la muerte, la desaparición de personas y el exilio como prácticas generalizadas, fueron los signos trágicos del terror que marcarían los diecisiete años siguientes.

Desde el comienzo, fueron fundamentalmente mujeres las que poco a poco se fueron uniendo y conformando agrupaciones y organizaciones de subsistencia y de lucha por los derechos humanos. Por una parte, era vital enfrentar la búsqueda de familiares en los múltiples lugares de reclusión e intentar saber sobre la "situación jurídica" de los detenidos, así como proporcionarles recursos materiales básicos y alimentación a sus familias, golpeadas además por las duras condiciones económicas y la cesantía de miles de jefes de hogar. Mujeres cuyos esposos o ellas mismas sufrían persecución o que habían sido expulsados de sus trabajos, encontraron en programas solidarios de la Iglesia Católica apoyo para resolver el problema del hambre. Comenzaron así algunas de las primeras experiencias organizativas, consistentes en Comedores Infantiles y Populares, y Comités de Cesantes.

Empecé a trabajar con un grupo de mujeres en una población: cosíamos, hacíamos pan y dulces y los vendíamos. El sacerdote había comprado una cocina. No éramos más de ocho. Entonces empezamos a invitar a otras mujeres cuando hacíamos pan. Ya no salíamos a venderlos, sino que los comíamos en la Iglesia y aprovechábamos de conversar de lo que nos estaba pasando en las casas. Los primeros meses, todas decían que estaban bien, que no había problemas, y de repente alguien dijo que su marido no estaba en la casa porque se lo habían llevado preso. Y allí, nos dimos cuenta de que en la población había detenidos. Con la ayuda de sacerdotes jóvenes que se contactaron con la Vicaría [de la Solidaridad], comenzamos la búsqueda de los detenidos y también formamos una olla común, pidiendo ayuda en los almacenes, ayuda que nos daban a escondidas, y con eso hacíamos comida para las familias. (Susana, de Concepción).

Por su parte, la experiencia de los Comités o Bolsas de Cesantes dejaba al descubierto otra realidad:

Los Comités de Cesantes funcionaban, pero con mucha dificultad, pues a éstos llegaba el trabajador que tenía su especialidad y que había sido despedido del trabajo, y se suponía que los comités eran para crear una alternativa de ingresos económicos, pero las cosas que se producían no podían competir en el mercado y los hombres terminaban muy frustrados. Pero también llegaban mujeres y ellas tuvieron más permanencia; no se desesperaban tan pronto, empezaban a buscar y a insistir por un lado u otro. Entonces, las que quedaron al final fueron las mujeres tratando de mantener el grupo, pero sin tener claro para qué. Porque, por último, les servía para conversar; las señoras mantenían las organizaciones para tener un espacio donde estar y compartir las angustias y esperanzas que tenían en ese momento. (Javiera, de Santiago).

En esta etapa de emergencia y crisis, en que las respuestas adquirirían una dramática urgencia y vivir era sólo no morir, la recuperación democrática parecía estar muy distante de la preocupación cotidiana de las mujeres.

Posteriormente se crearon ollas comunes, talleres productivos y otras formas colectivas de autoayuda como soluciones más organizadas de las pobladoras, incluso sin contar a veces con los programas asistenciales de la Iglesia.

Por su parte, una de las primeras organizaciones de derechos humanos fue la Agrupación de Mujeres Democráticas:

En octubre del 73 estábamos un grupo de mujeres de sectores medios en una fila en el Estadio Nacional, tratando de ubicar a nuestros familiares. Había gente muy pobre que se angustiaba cuando los militares les gritaban. Entonces, nosotras dijimos: no nos van a faltar el respeto, y nos impusimos. Pero humillaban al resto de la gente que era pobre. Entonces nos organizamos ahí para ayudar a una de las mujeres que estaba desesperada, con ocho hijos, sin tener ni un vaso de agua, y que no sabía de su marido. Ahí nació la Agrupación de Mujeres Democráticas. Después comenzamos a ubicar gente y a pedir colaboración y fuimos creciendo. Nos juntábamos a escondidas, generalmente en las iglesias. (María, de Santiago).

Tanto en los llamados grupos de subsistencia como en las organizaciones de derechos humanos,⁵ la reiteración de actividades conjuntas, las soluciones --aunque mínimas o parciales-- que conseguían, y las múltiples acciones que realizaban desafiando las dificultades y el miedo, generaron entre ellas fuertes lazos de solidaridad y de afecto que las llevaron a compartir aspectos "privados" de sus vidas.

"LA VIDA Y ALGO MÁS"

En otros grupos, conformados principalmente por mujeres profesionales y que surgieron alrededor de 1977, se preguntaban por la manera en que recaían específicamente en las mujeres los problemas que enfrentaba el país, reflexionando sobre si alguna vez la mujer supo, sintió o experimentó la democracia.

Había todas estas mujeres que se empezaron a reunir y a cuestionar la pérdida de la democracia, qué significaba para nosotras como mujeres y qué tipo de democracia tuvimos antes. Poco tiempo después comenzaron a realizarse jornadas con muchas más mujeres. Una de las primeras reuniones más masivas se hizo un día domingo, todo el día, y fueron como 200 mujeres. Era el año 79. Yo, para ir, tuve la pelea más tremenda con mi marido, así es que cuando llegué a la reunión me sentía muy mal, culpable, que ya estaba con problemas de nuevo, que se iba a acabar el matrimonio. Y lo más bueno fue que la reunión partió con todas hablando de lo difícil que había sido llegar allí, todas tenían parecidos problemas; a las que estaban casadas, con hijos, les tiraban la culpa encima, que dejaban la familia botada y, por otra parte, los miedos atravesados por esta cuestión del golpe y la dictadura, pues para mucha gente había que cerrar las puertas de la casa, meterse para adentro y la familia era lo más importante, tratando de preservarse de los peligros que había afuera. (Ema, de Santiago).

Paralelamente, grupos de mujeres pobladoras comenzaban a vivir un proceso similar:

Con todo el problema de la cesantía, cuando la mujer tuvo que empezar también a buscar el sustento de la familia y a participar en los comedores infantiles, empezaron las dificultades porque el marido estaba en la casa, y aunque ella llegara con la comida para todos, igual el marido peleaba con ella porque salía de la casa. A partir de eso tuvimos que empezar a conversar temas relacionados con el machismo, porque las señoras contaban que el marido no las dejaba salir, y así comenzó a surgir esta inquietud. (Javiera, de Santiago).

En ese tiempo comenzaron a realizarse los Encuentros Nacionales de Mujeres,⁶ en los que irían confluyendo los distintos grupos y organizaciones. Se compartían experiencias, se debatía sobre la condición de la mujer en la dictadura y se buscaba la forma de coordinar a las organizaciones existentes.

El sentido de la vida comenzaba a ampliarse: ya no sería sólo el mecanismo de respirar y de no morir por una bala, así como el término del exilio no sería únicamente habitar de nuevo en el propio país, sino la posibilidad de trabajar, transitar y desarrollarse libremente en él; y la alimentación no sólo consistiría en poder "matar el hambre" de cada día. Por su parte, las mujeres no sólo tendrían que preocuparse por los demás, sino también, y quizás primero, por ellas mismas.

En el año 1980-81, utilizamos un diaporama que alguien trajo del Perú, que se llama "Sin sueldo ni horario". Hacíamos cartillas, porque no había muchas cosas escritas. El año 85 hicimos un taller sobre "Movimiento de Mujeres en Chile" y ubicamos el libro de Rigoberta Menchú⁷... Tuvimos que remontarnos a mujeres de América Latina, porque no teníamos mucho de Chile... No sé por dónde habían conseguido el libro de la Domitila,⁸ y así empezamos a rescatar esas historias y a compartirlas. Encontramos unos artículos sobre Gabriela Mistral ("La Rebelde Gabriela")... De todos estos libros sacamos algunas partes y se los pasamos a las señoras para que ellas lo analizaran, después conversábamos y lo relacionábamos con la situación de ellas, con lo que les pasaba, y algunas se identificaban con la Rigoberta, otras con la Domitila, y luego preguntábamos: ¿cuál ha sido la historia de ustedes?, y ahí empezamos a conversar de las experiencias de cada una y eso lo escribían ellas. Nosotras lo sacábamos a máquina y lo compartíamos. Para ellas era muy importante ver sus escritos a máquina... Yo creo que así fuimos reconstruyendo la historia. (Javiera, de Santiago).

"DEMOCRACIA EN EL PAÍS Y EN LA CASA"

Cuando el país vivió la conmoción producida por la primera Protesta Nacional (1983), las innumerables organizaciones de mujeres se habían diversificado y comenzado a conectarse unas con otras en instancias permanentes. También ya se habían producido importantes intercambios de experiencias en los Encuentros Latinoamericanos de Feministas, los primeros en Colombia y Perú, 1981 y 1983, respectivamente.

Nace el Movimiento Feminista

Las mujeres que habían creado el Círculo⁹ en la Academia de Humanismo Cristiano, era un grupo relativamente cerrado que quería enfatizar más el trabajo académico, o sea las que formábamos parte de los talleres o que creamos el grupo de teatro no éramos del Círculo, excepto su responsable. Nosotras teníamos cada vez más ganas de hacer actividades abiertas y libres con las mujeres, porque sentíamos por experiencia propia que era la mejor manera de juntarnos, de ir siendo más amigas, de ir atreviéndonos a hablar. Después, cuando quisimos darnos nombre, hubo discusiones tremendas, pelea de meses, porque había mujeres que decían que no se podía llevar el nombre de Movimiento Feminista, pues era un movimiento que estaría en todo el país. Nosotras decíamos: a lo mejor tienen razón, pero hay que hacerlo visible; nadie lo va a conocer o a saber que existe si no hay un grupo de mujeres que salga a la calle diciendo "somos Movimiento Feminista", y las que quieren se meten en esto y las que no quieren no, pero que exista, hacerlo visible. Entonces igual partimos haciendo panfletos, saliendo a la calle. (Ema, de Santiago).

En agosto de 1983, el Movimiento Feminista realizó una de las más impactantes movilizaciones de ese año, en las escalinatas de la Biblioteca Nacional de Santiago, tras la consigna "Democracia en el país y en la casa".¹⁰ A fines de ese año, el Círculo se autonomizó, por presión de la nueva directiva de la Academia de Humanismo Cristiano, y de allí se desprendió la Casa de la Mujer "La Morada" y el Centro de Estudios de la Mujer (CEM).

Movimiento Pro Emancipación de la Mujer: MEMCh'83

Estaba como latente la inquietud por aglutinar de alguna manera las organizaciones que ya existían, porque había una tremenda atomización del movimiento de mujeres. Esto ya se reflejaba en los Encuentros organizados por la Coordinadora Nacional Sindical, que fueron tres años seguidos; en sus resoluciones finales contemplaba, como acuerdo, la creación de una organización de mujeres en Chile. Esto se cristalizó en la voluntad de formar el MEMCh,¹¹ ya no como la organización única... Hay un cambio, pues se da respuesta a esta necesidad de unidad, pero tras la forma de una coordinación donde cada una de las organizaciones que concurría mantenía su perfil propio, pero sumando fuerza. (Luisa, de Santiago).

Este nuevo MEMCh llegó a estar integrado por veintiséis organizaciones. Con posterioridad, principalmente por diferencias aparentemente excluyentes en el énfasis de su accionar (clase/género), quedó constituido por siete organizaciones, todas de vertientes políticas de izquierda.

Mujeres Por la Vida

Se produce un fenómeno político que, para nosotras, mujeres de partidos, nos resultaba grave: la dificultad de los acuerdos entre la oposición. Sentimos que los políticos estaban demostrando una incapacidad para llegar a acuerdos, cuestión básica para terminar con la dictadura. Entonces, mujeres de distintas fuerzas políticas de la oposición decidimos que había que emitir un gesto que expresara la demanda de unidad política para alcanzar la democracia. Ese fue el elemento central que nos convocó, y dijimos: bueno, esto debemos hacerlo las mujeres, basta de tanta incapacidad para concordar en lo fundamental. Y ahí se organizó el primer gran acto de las mujeres de oposición: el Caupolicán de 1983.¹² (Fresia, de Santiago).

El Caupolicán fue una cosa tan descomunal que sentimos que habíamos parido un hijo y que ni nos imaginábamos... Nuestra sabiduría fue decir: vamos a apoyar a las organizaciones de mujeres que existen, vamos a ayudar a organizar, a convocar a ciertas cosas, y nuestro objetivo era presionar también en los partidos políticos. De esta forma se reclutó más gente para completar el arco, de manera que

definitivamente llegáramos al amplio espectro de partidos, desde la Democracia Cristiana hasta el MIR. (Tamara, de Santiago).

Estas formas de articulación, que respondían al momento que se vivía y que lograban representar el sentir mayoritario, potenciaron la fuerza del movimiento de mujeres, con lo que se facilitó un alto grado de visibilidad y participación pública.

Las mujeres seguían creando organizaciones propias y un nuevo estilo de funcionamiento en ellas. En todos los sectores se coordinaba esfuerzos, y paulatinamente fue cambiando el sentido de la democracia por la que se luchaba: la mirada de género daba una nueva dimensión al movimiento.

El debate permanente y la necesidad de interpretar las aspiraciones de grupos mayores de mujeres, impulsaron la tarea de recoger más sistemáticamente las reivindicaciones específicas que se expresaban en las múltiples instancias de encuentro. Fue entonces cuando de distintos sectores surgieron documentos que recogían demandas y aspiraciones de las mujeres.¹³ En general, éstos mostraron gran similitud, siendo las principales las referidas a modificaciones a la ley, a la creación de mecanismos de participación y al mejoramiento de los sistemas educacional, de salud y previsión social.

"SI LA MUJER NO ESTÁ, LA DEMOCRACIA NO VA"

Los acontecimientos políticos adquirieron gran celeridad. Se produjo el atentado al general Pinochet (1986), se quebró la unidad de la oposición, la Junta Militar llamó a plebiscito, y algunos partidos aceptaron el itinerario impuesto por la dictadura. Estas medidas repercutieron también en el movimiento de mujeres. Hasta ese momento, las difíciles e intensas jornadas vividas en conjunto y los fuertes afectos involucrados, permitieron que las mujeres se mantuvieran unidas y se respetaran las distintas opciones políticas. En este contexto, un nuevo hito fue la Campaña "No me Olvides",¹⁴ donde una vez más la sensibilidad y creatividad de las mujeres impactó a la opinión pública.

La votación femenina en el Plebiscito de 1988 mostraría cuán fructífera había sido la labor del movimiento de mujeres antidictatorial. Sin embargo, el movimiento dividió su accionar en dos tendencias bien definidas: por una parte, aquella que continuó promoviendo el rol de las organizaciones sociales y la necesidad de su participación directa;¹⁵ y, por otra, un sector de mujeres militantes de partidos y de profesionales --la Concertación de Mujeres por la Democracia-- que se abocó a la tarea de apoyar a la Concertación de Partidos por la Democracia elaborando el Programa de las Mujeres, que debería ser incorporado en el gobierno democrático.

Las mujeres volvieron a unirse en la conmemoración del Día de la Mujer, el 8 de marzo de 1989: en el Estadio Santa Laura, de Santiago, en un acto creativo y participativo, veinticinco mil mujeres emocionadas y esperanzadas sabían que ése sería el último 8 de marzo en dictadura. Se cerraba así un ciclo para el movimiento, simbolizado en el nacimiento de la mujer nueva y su compromiso con la democracia.

El movimiento de mujeres fue un actor importante en la recuperación democrática o de un escenario político con mayores libertades: su lucha contribuyó decisivamente a abrir el camino.

¿QUÉ CREAMOS? ¿QUÉ APRENDIMOS? ¿QUÉ PROPONEMOS?

De esta apretada síntesis del proceso vivido durante la dictadura, queremos retomar algunos puntos con mayor detalle. Quizás una mirada más profunda a ciertos aspectos nos ayude a explicar la sensación extraña que a muchas nos ha invadido en estos dos años de transición democrática, sensación como si de pronto nos hubieran cambiado el país.

La organización de las mujeres, por lo general, no tuvo una estructura jerarquizada, y sus integrantes combatieron y combaten fuertemente el autoritarismo y la centralización de tareas, desarrollando, alternativamente, relaciones de respeto mutuo y de mayor horizontalidad. Esta misma tendencia se dio

en las distintas formas de coordinación y en las asambleas en que se preparó cada una de las conmemoraciones del Día de la Mujer, los 8 de marzo.

Los grupos se conformaron con fines tan concretos como "darles qué comer a los niños" o tan amplios como "terminar con la dictadura", o tan vagos como "algo tenemos que hacer"; otros querían también "reflexionar". Podemos decir que, en muchos casos, la organización se convirtió en un fin en sí misma: un lugar de encuentro y de esparcimiento donde compartir afectos, problemas y esperanzas.

Los grupos de mujeres surgieron de una gran diversidad: de distintos estratos sociales, militancias políticas y credos religiosos. Y, sin embargo, fueron confluyendo luego en encuentros, jornadas o talleres, pronto en coordinaciones más estructuradas que derivaron de fructíferas búsquedas colectivas. Por una parte, se comprobó que una coordinación de organizaciones sociales, como el MEMCh'83, resultaba más realista y convincente que la conformación de una federación u organización única de mujeres. Por otra parte, la unión de voluntades políticas de amplio espectro, como Mujeres por la Vida, puso más el énfasis en la calidad de las relaciones personales que en las diferencias. Tal orientación derivó en la conformación de un grupo con gran capacidad para llegar a acuerdos y para representar el sentir de las diversas organizaciones frente a las distintas situaciones que vivía el país, lo que caracterizó su vasto poder de convocatoria.

Aprendimos que en organizaciones de este tipo nos sentíamos cómodas y acogidas, y que esto estimulaba nuestra participación. Que el autoritarismo es la peor fórmula para el logro de objetivos, y que la participación, en cambio, es formativa y alentadora. Que la vida también contaba para nosotras y que era posible ser personas, cumpliéramos o no los roles que la sociedad nos asignara. Que nuestra autoestima era baja y que tras ello había y hay un complejo tramado social. Que nos reconocimos e identificamos como mujeres y que ello nos permitía actuar con autonomía respecto de los partidos políticos y de quienes pretendieran guiar nuestra acción. Que a partir de nuestra propia experiencia en la vida cotidiana, creamos y recreamos nuevas formas y nuevos contenidos en la lucha antidictatorial. Aprendimos, sobre todo, a hablar desde nuestros sentimientos, desde nuestras dudas y angustias.

Fueron años de intensidad, de aprendizajes y experiencias, de solidaridades y afectos, de capacidad y despliegue creativo. Fuimos viviendo en el presente lo que llaman utopía, y así, las relaciones que establecimos entre muchas de nosotras se fueron transformando en una aspiración de convivencia para la sociedad entera, propósito del movimiento que no ha terminado, pues creímos y creemos que nuestra lucha no fue por recuperar la democracia de antes, sino una que aprendimos entre mujeres: aquella basada en la solidaridad, la cooperación, la ayuda mutua. Aprendizaje de algo muy antiguo, pero que recién estamos redescubriendo.¹⁶

Si hay quienes niegan hoy la existencia del movimiento de mujeres, basándose en la realidad de algunos colectivos que se han desmembrado o disuelto, y/o por la falta de visibilidad del mismo, conviene prestar atención a los centenares de grupos y organizaciones existentes a lo largo del país,¹⁷ los que van develando con su acción y reflexión lo que es la condición de la mujer y poniendo en cuestión lo femenino y masculino en las identidades.

A partir de ese aprendizaje es que podemos decir hoy que el propósito de cada una y del movimiento en su conjunto está más vigente que nunca: la democracia va si la mujer está.

Santiago, septiembre de 1992.

NOTAS

1. El título y subtítulos de este artículo son consignas del movimiento de mujeres.
2. Esta investigación cuenta con el apoyo de ASDI, Suecia.
3. Mudechi: Mujeres de Chile. Organización creada en 1981 y que alcanzó nivel nacional. Actualmente siguen en funcionamiento muchas organizaciones de base.
4. Plan del medio litro de leche para todos los niños de Chile, implementado durante el gobierno de Salvador Allende.
5. No hacemos distinción, pues los grupos de subsistencia forman parte de la concepción global de los derechos humanos.
6. Los primeros Encuentros Nacionales (1978, 1979, 1980) fueron organizados por el Departamento Femenino de la Coordinadora Nacional Sindical (CNS), que estaba constituido en gran parte por mujeres de los distintos partidos políticos de la oposición.
7. Rigoberta Menchú, guatemalteca, Premio Nobel de la Paz 1992, autora de *Cómo me nació la conciencia*.
8. Domitila Chungará, conocida líder de las minas de Bolivia, autora de *Si me permiten hablar*. . .
9. Círculo de Estudios de la Condición de la Mujer, creado en 1978, por mujeres de sectores medios profesionales que provenían de los grupos Asuma, Hojas y otros sin nombre, organizadoras de la primera jornada de reflexión sobre la situación de la mujer, mencionada antes.
10. Consigna ideada por Julieta Kirkwood y que después no sólo sería asumida por el resto del movimiento de mujeres en Chile, sino también por el movimiento feminista latinoamericano.
11. Recordando el anterior MEMCh de los años treinta, en que se destaca la participación de Elena Caffarena y Olga Poblete en la formación de ambos.
12. Primer acto masivo, en el que participaron 12 mil mujeres, en el Teatro Caupolicán.
13. "Manifiesto Feminista" (1983); "Principios y reivindicaciones que configuran la plataforma de la mujer chilena", MEMCh'83 (1985); "Resoluciones", Departamento Femenino de la Coordinadora Nacional Sindical (1985); "Demanda de la mujer rural", Departamento Femenino de la Comisión Nacional Campesina (1986); "Pliego de las mujeres" (1986); "Demandas de las mujeres a la democracia", Movimiento Feminista (1988).
14. Campaña No me Olvides: mitin realizado en la principal calle céntrica de Santiago, en el que mil mujeres portaron figuras de tamaño natural que personificaban todas las formas de represión sufridas durante la dictadura, y aludían claramente a los desaparecidos.
15. Coordinadora de Organizaciones Sociales de Mujeres, cuya base fue el MEMCh'83.
16. Nos referimos a las sociedades matrísticas o gilánicas anteriores al patriarcado (6 a 8 mil años atrás).
17. Para mayores antecedentes, véase "Directorio Nacional de Servicios y Recursos para la Mujer" (Santiago: CEDEM, 1992).